



BLACKWYN™

LA NOCHE
MÁS OSCURA

L.L. GALARZA

BLACKWYN

LA NOCHE
MÁS OSCURA

L.L. GALARZA

© 2025 L.L. Galarza

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro— sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo en el caso de breves citas utilizadas con fines de reseña o comentario crítico.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Primera edición: 2025

ISBN: 978-607-29-7516-3

El inicio de la saga Blackwyn

Para más información y futuros lanzamientos:

www.llgalarza.com

*Cuando era niño le temía a la oscuridad.
Ahora entiendo que en realidad lo que me asustaba...
era perder mi luz.*

CONTENIDO

CAPÍTULO UNO

LA BATALLA ENTRE EL DÍA Y LA NOCHE9

CAPÍTULO DOS

UNA NOCHE DE CUENTOS TENEBROSOS17

CAPÍTULO TRES

LA NOCHE QUE ENCENDIÓ LA OSCURIDAD25

CAPÍTULO CUATRO

LA NOCHE MÁS CÁLIDA33

CAPÍTULO CINCO

LA NOCHE DE LA SOMBRA41

CAPÍTULO SEIS

UNA NOCHE DE AMISTAD INESPERADA47

CAPÍTULO SIETE

UNA NOCHE EN EL SÓTANO57

CAPÍTULO OCHO

UNA NOCHE DE LAZOS ROTOS65

CAPÍTULO NUEVE

LA NOCHE SIN RETORNO73

CAPÍTULO DIEZ	
LA HERIDA DE LA NOCHE.....	81
CAPÍTULO ONCE	
LA PRIMERA NOCHE.....	93
CAPÍTULO DOCE	
PROMESAS PARA ENFRENTAR LA NOCHE	103
CAPÍTULO TRECE	
LA SEGUNDA NOCHE.....	113
CAPÍTULO CATORCE	
UNA NOCHE PARA CELEBRAR.....	123
CAPÍTULO QUINCE	
LA TERCERA NOCHE.....	133
CAPÍTULO DIECISÉIS	
LA NOCHE MÁS OSCURA.....	143
CAPÍTULO DIECISIETE	
UNA NOCHE DE LUZ Y CENIZAS	153
EPÍLOGO	165



CAPÍTULO UNO

LA BATALLA ENTRE EL DÍA Y LA NOCHE

El parabrisas temblaba bajo el empuje constante del viento. Los árboles se desdibujaban en franjas oscuras a los lados, y el cielo comenzaba a desvanecerse hacia esa parte del día en la que Ethan Blackwyn nunca confiaba del todo.

Apoyó la frente contra el vidrio frío. Por un instante vio su reflejo: piel clara, cabello oscuro y lacio. Nada extraordinario que no tuviera cualquier niño de nueve años. Pero sus ojos siempre lo delataban: uno marrón profundo, el otro ámbar pálido, atrapando la poca luz que aún quedaba.

Afuera, el sol se hundía detrás de la montaña. El último destello dorado se colaba entre los árboles. Para cualquiera

habría sido sólo un atardecer, otro final común de un día común; pero para Ethan se sentía como algo más.

Su corazón empezó a latir un poco más rápido. Sabía lo que venía después. Siempre lo sabía: la oscuridad. Y aunque nunca lo admitiera en voz alta, la odiaba.

—Ojalá no se acabara —murmuró.

Entonces su expresión cambió.

—Espera —susurró para sí—. Ya sé.

Se quitó el cinturón y bajó la ventana por completo, dejando que el viento irrumpiera en el auto. Luego se inclinó hacia adelante y comenzó a contar en voz baja.

Uno, dos, tres—

Se impulsó con las rodillas y saltó al exterior.

No cayó. En lugar de eso, salió disparado hacia adelante, suspendido sobre la carretera como si el cielo mismo lo hubiera atrapado en el aire. Una luz dorada brilló bajo sus pies, firme e intensa, y corrió por el espacio abierto en dirección a la montaña.

Aquella bestia de piedra se elevaba más alto que cualquier edificio que había visto. En la punta tenía un solo ojo, o más bien una grieta, tan oscura que devoraba la luz a su alrededor.

Ethan se detuvo al borde del abismo. El calor se concentró en su palma. Se formó una espada de fuego, con llamas doradas que subían desde la empuñadura y serpenteaban a lo largo del filo. La sujetó con fuerza.

—¡No vas a apagar la luz! —gritó, lanzándose al frente—. ¡No me vas a ganar!

Clavó la hoja luminosa en el ojo de la bestia.

La montaña se resquebrajó y la luz estalló. El sol agonizante volvió a arder detrás de las nubes, partiendo el cielo en dos.

Ethan señaló lo que quedaba de la montaña con la espada.

—¡Toma eso, montaña tonta!

—Ethan, ¿qué estás haciendo?

Una voz lo sacudió.

Parpadeó, y el mundo volvió a su lugar. Seguía en el asiento trasero. La ventana estaba abierta y el cinturón colgaba suelto a su lado.

Los ojos de su padre se encontraron con los suyos en el retrovisor.

—¡Ethan! Ponte el cinturón. Ahora.

Buscó a tientas hasta abrocharlo.

—Ya sabes que no debes quitarte el cinturón —dijo su padre, con la mandíbula tensa—. Nunca. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Y sube esa ventana.

Ethan obedeció. El viento se cortó, y sólo quedó el zumbido distante del motor.

—Nada más estaba viendo la montaña —dijo Ethan, fro-tándose la nuca.

—Mírala desde tu asiento, entonces.

—Sólo está disfrutando el viaje —interrumpió su madre, girándose en su asiento con una sonrisa suave—. Esa montaña está preciosa... parece que está en llamas. —Miró hacia su esposo—. ¿No crees, Adam?

—Sí, está tan bonita —contestó su padre sin apartar la vista del camino—. Pero las reglas son las reglas.

—No te pongas así.

—¿Y cómo debería ponerme, Amy? Es peligroso.

—Está bien, está bien. Ethan no volverá a hacerlo. ¿Verdad, cariño?

Ethan soltó un suspiro, resignado.

—Sí, mamá.

—Listo. Déjalo que siga disfrutando. No le arruines la emoción de ir a ver a la abuela.

—Y la fiesta, mamá. ¡Será increíble!

—¡Claro que sí! ¿Cuántos años nos dijiste que cumple tu mamá, amor?

El padre de Ethan exhaló despacio y la tensión en sus manos cedió un poco en el volante. La última vez que discutió con su esposa, ella tardó casi tres días en volver a dirigirle la palabra.

—Cumple 80 años. Así que cuando llegemos, Ethan, la ayudarás con lo que te pida. Ese es tu regalo para ella.

—¿Con todo lo que me pida?

—Con todo —respondió él—. Sin excusas.

Ethan asintió. Con su madre podía negociar. Con su padre, definitivamente no.

Aun así, pensar en su abuela aflojó algo dentro de él, y recordó con claridad su último cumpleaños: el enorme pastel de fresas con crema, la familia entera cantando con más entusiasmo que talento.

Después de soplar las velas, Ethan le susurró:

—Dale una mordida. Una chiquita, ¿sí?

Ella alzó una ceja.

—Sólo porque tú lo pides.

Se inclinó hacia el pastel con exagerada lentitud. Y entonces... ¡zas! Le dio una mordida directa.

Cuando se enderezó, su dentadura postiza quedó atorada en el betún, entre dos fresas.

La mesa estalló en carcajadas. Ethan casi se cae de la silla. La abuela arrancó la dentadura del pastel y luego se lanzó hacia él, atrapándole la mejilla con su boca desdentada.

—¡Mordida de cumpleaños!

La crema le embarró la cara y él se rió tanto que ni siquiera intentó limpiarse.

Desde entonces, cada vez que se portaba mal, ella entrecerraba los ojos y le advertía:

—No me hagas ir por el otro lado.

El recuerdo se desvaneció mientras el auto se adentraba más en la noche.

—Ya está oscureciendo —dijo su padre, mirando el indicador de gasolina—. Vamos a parar en un rato. Cargamos y comemos algo.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó su madre—. Ya está muy oscuro.

—Prefiero no arriesgarme. Tener el tanque lleno es mejor.

Ethan vio cómo los árboles dejaban de ser formas verdes para convertirse en sombras apretadas a la orilla del camino, y los faros del auto se volvían lo único claro al frente.

Entonces algo se movió.

Al principio pensó que eran ramas agitadas por el viento, pero el movimiento era demasiado preciso. Una figura saltó a lo largo de la línea de árboles mientras otra se deslizaba por abajo, junto a la carretera.

Se pegó más al vidrio.

Alas anchas se plegaban y se abrían. Una de ellas quedó suspendida un segundo más, inmóvil contra el viento, como si quisiera que él la notara antes de lanzarse otra vez hacia adelante. Sus cuerpos largos se retorcían en el aire. Tenían cabezas planas y colas afinadas en puntas. Parecían cuervos arrancados de un sueño y despojados de sus ojos.

—¿Qué son? —susurró. Luego, más fuerte—. Papá... Mamá... hay algo afuera.

Su padre miró por el retrovisor.

—¿Algo como qué?

—Sombras. Se están moviendo.

—Son los árboles —dijo él—. La oscuridad hace que parezca otra cosa.

Su madre se inclinó y entrecerró la vista.

—No veo nada, cariño.

Ethan volvió a mirar, pero ya no había nada, sólo la noche.

Metió la mano en su mochila, sacó su libreta de espiral y comenzó a dibujar: primero las alas, luego el cuerpo, después la cola larga. Siempre que algo lo inquietaba, lo atrapaba en el papel.

No lo sabía aún, pero aquella figura era sólo el comienzo.

—Ya llegamos —anunció su padre mientras salía de la carretera.

El auto entró en una gasolinera que parecía olvidada por el tiempo. El concreto agrietado se extendía bajo pilares oxidados manchados de aceite, y las luces fluorescentes zumbaban arriba: una apagada, otra parpadeando, las demás apenas resistiendo. Nueve cajones vacíos y sólo un coche cubierto de polvo.

Detrás de las bombas había una construcción de ladrillo con un letrero intermitente: GR_ND N_RTH GATE R_STAUR_NT, con varias letras fundidas.

—Vamos a estirarnos —dijo su padre al estacionarse—. Y aprovechamos para cenar algo.

Su madre bajó primero, cruzándose los brazos cuando el aire frío la golpeó. Su padre se dirigió a la bomba y el chasquido de la pistola de gasolina resonó en el silencio.

—Ven, cariño —llamó ella con suavidad.

Ethan bajó despacio. El aire olía a óxido y combustible, y la carretera detrás de ellos yacía vacía, tragada por la noche.

Miró hacia los matorrales más allá del estacionamiento.

—¿Y si mejor seguimos? —preguntó—. No tengo hambre.

Su padre no levantó la vista de la bomba.

—Llevamos cinco horas en ese coche. Vamos a descansar.

Ethan bajó la mirada y siguió a sus padres hacia el restaurante, lanzando una última mirada a la oscuridad entre las bombas.

A través de los ventanales delanteros podía ver el lugar completamente vacío. Demasiado vacío.

—¿Seguro que está abierto?

Su madre señaló el adhesivo desgastado en la puerta.

—Dice que está abierto las veinticuatro horas.

—Pasen —dijo su padre, sosteniendo la puerta.

Detrás de Ethan, algo cruzó el estacionamiento de un salto.

Se giró con rapidez, pero no había nada.

Aun así, mientras cruzaba el umbral, no pudo quitarse la sensación de que las sombras que había visto en la carretera los habían seguido hasta ahí.



Si estas páginas te tocaron algo por dentro... no fue casualidad.

Hay historias que encuentran a quienes las necesitan, incluso en la oscuridad.

Si quieres saber a dónde te lleva esta, sigue el camino:

[Continuar la lectura en Amazon](#)